

Educar en la verdad para defender la libertad.

Autor José Barta

IV Encuentro judeocristiano.

Familia, escuela y desarrollo de la persona

Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1 de junio 2016

Situación actual

Los avances científicos y tecnológicos de los últimos cien años han supuesto cambios muy rápidos. Se suceden de forma vertiginosa, no dando lugar a que el hombre pueda interiorizarlos y adaptarse a las nuevas exigencias que estas transformaciones van imponiendo al mundo de la cultura, mucho más lento en su evolución.

Cuanto más modernas y avanzadas sean la economía y la técnica, tanto más amplia y profunda ha de ser la educación y la formación de las personas, para que el progreso no nos ahogue, y lo pongamos al servicio de todos.

El cambio continuo de las relaciones vitales, materiales e intelectuales; de las formas de vida personal y social, en un mundo sometido a un cambio tecnológico permanente, es experimentado por el hombre del presente con un dinamismo mayor que nunca, y es fácilmente previsible que en un corto periodo de tiempo se intensificará aún más."

El desarrollo tecnológico ha sufrido un proceso exponencial aportando al hombre capacidades impensables hace algunos años. Capacidades que permiten decisiones para cuyas consecuencias el hombre no se encuentra preparado.

Hace un año le escuche a Bernardo Kliksberg afirmar que "la tecnología no ha resuelto jamás en la historia ningún problema, como sucedió en el III Reich alemán"; y es que ya ha pasado la época en la que desarrollo tecnológico se consideraba sinónimo de crecimiento en justicia y libertad. Tras cualquier decisión humana existe una cabeza inteligente, que usa de los recursos disponibles en búsqueda de resultados concretos.

De aquí la necesidad de reconocer que el problema de la formación de nuestros conciudadanos tiene una importancia decisiva para la gestión de los actuales recursos y de sus consecuencias económicas, políticas, sociales... Solo se logrará dominar las consecuencias indeseadas del actual desarrollismo tecnológico y científico si se prepara a cada persona con una formación y educación basadas en valores éticos y orientadas a ese futuro cambiante.

La sociedad actual se encuentra bien lejos de conseguir dicha preparación, dado que como señala Fernando Savater, "mientras que la función educadora de la autoridad paternal se eclipsa, la educación televisiva conoce cada vez mayor auge ofreciendo sin esfuerzo ni discriminación pudorosa el producto ejemplarizante que antes era manufacturado por la jerárquica artesanía familiar".

Que es educar

Pero ¿podemos llamar a este fenómeno educación?; en sentido estricto pienso que no, dado que la educación no sólo procura comunicar hechos, sino también transmitir una visión de la vida, coherente y completa, que facilite

la búsqueda de sentido existencial al educando, con un mayor control de sí mismo, al servicio de dicho sentido.

Y es que una cosa es instruir, adoctrinar, y otra educar. La instrucción mejora el conocimiento y la gestión de recursos, pero la educación es la que nos permite establecer el destino de los mismos.

En el proceso de formación de toda persona, en la medida en que se busque el crecimiento armónico de la misma, no puede existir separación entre momentos de aprendizaje y momentos de educación. Cada disciplina no puede limitarse a presentar sólo un saber por adquirir, sino también valores por asimilar y verdades por descubrir.

Quizás sea esta la razón por la que el profesor Tomás Alvira, tras sus numerosos años de experiencia identificaba Educar con “ayudar a crecer”. De esta manera comprendemos que la acción educativa se produce, o se debe producir, a todo lo largo de la existencia de la persona, si bien variando contenidos, en función de las capacidades psicomotoras e intelectuales desarrolladas y de los condicionantes externos.

Desarrollo de la propia identidad y desarrollo de habilidades y destrezas son, como comentaba anteriormente, objetivos propios de la educación.

Entre las habilidades y destrezas, las relaciones con las diversas tecnologías ocupan cada vez un papel más destacado en la vida de las personas, a condicionando la identidad de las mismas, pudiendo llegar a producir dependencias obsesivas.

El desarrollo de la propia identidad se realiza en dos ámbitos concretos: el societario, al formar parte de un grupo, ocupando un lugar en el mismo, participando de usos y costumbres preestablecidas, desarrollando acciones conjuntas, y el individual, al descubrirse como ser distinto a los que le rodean, con pensamientos propios, con capacidad para individualizar a cada uno de los que le rodean, interactuando de manera diversa con los mismos.

De aquí la importancia de sus primeros contactos en el ámbito familiar, que le ayudaran a potenciar la realidad de su ser individual y personal, en el ejercicio de una relación societaria.

Solo en el ámbito familiar el niño aprende que es digno de ser amado, al descubrir que es valorado, querido, por ser quien es. Este aprendizaje se debe prolongar en la escuela, si bien en un entorno más amplio, en el que aprenderá a convivir, aceptar, a otros que quizás no participan de sus usos y costumbres familiares.

Por tanto, familia y escuela son dos contextos próximos en la experiencia diaria de los niños, que exige un esfuerzo común para crear espacios de comunicación y participación de forma que le den coherencia a esta experiencia cotidiana. La razón de este esfuerzo se justifica en sus finalidades educativas, dirigidas al crecimiento biológico, afectivo, intelectual, social, ético y moral del niño, en definitiva, al desarrollo integral de su personalidad.

De la coordinación y armonía entre familia y escuela va a depender el desarrollo de personalidades sanas y equilibradas, cuya conducta influirá en posteriores interacciones sociales y convivencia en grupo, que crearán un nuevo estilo de vida.

Premisas para que se de la educación: relación personal, sentido de filiación y existencia de verdad

Relación personal

La actividad educativa exige la relación personalizada entre educador y educando, desplazándose el peso de la iniciativa, en la búsqueda de dicho encuentro personal, del primero al segundo según el paso de los años del educando. En el seno materno la iniciativa corresponde por completo a la madre, desplazándose paulatinamente, tras el nacimiento, al bebé, luego niño, más tarde adolescente, etc. Hoy en día, con la prolongación de la vida, asistimos a una regresión, en la vida del anciano, a los tiempos de la infancia, algo que se aprecia de forma radical en los enfermos de Alzheimer.

No se puede hablar de proceso educativo en las acciones dirigidas a grupos, por muy homogéneas que fueran las características de sus integrantes. A lo sumo podríamos hablar de instrucción. La educación exige la individualización en el trato, que no tiene por qué suponer aislamiento o separación del resto, muy al contrario, la “gestión” de las relaciones societarias forman parte del proceso educativo.

No dedicaré más tiempo a este punto suficientemente tratado en la literatura pedagógica, baste con que recalquemos que “ayudar a crecer” a una persona, que, en palabras de Tomás Alvira, es lo que supone la acción educativa, solo se puede hacer conociendo a dicha persona, pero no como elemento identificado como característico del género humano, sino como persona singular, irreplicable, a pesar de sus similitudes con otras personas. La experiencia general del educador, unida al conocimiento de técnicas pedagógicas diversas, se individualiza en las características y circunstancias específicas del educando, en un momento concreto de su vida. Esto solo se puede realizar con el trato personalizado.

Desde esta perspectiva los medios de comunicación de masas no educan, pueden instruir, pueden adoctrinar en creencias diversas, pueden ayudar los procesos educativos, reforzando valores o actitudes, facilitando la reflexión personal, o todo lo contrario, pero no pueden educar, ya que se dirigen a todos o a muchos, pero, repito, no se dirigen a alguien concreto en un momento. Gracias a la relación personal el educador conoce al educando, pudiendo anticipar los resultados de la gestión de sus capacidades y de sus necesidades, ayudándole en los procesos de elección, etc.

Sentido de filiación

Es fácil observar que, en el desarrollo anterior, existe una actitud constante en el educando, más inconsciente al comienzo de la vida, más consciente en los años intermedios, volviendo a hacerse difusa en los años finales, pero presente a lo largo de todo el proceso educativo: el sentido de filiación.

Es este sentido el que proporciona un lugar en la familia, tanto en referencia ascendente, como en colateral. La filiación es un elemento común a toda la humanidad; se puede tener hijos o no, se puede tener hermanos o no, pero todos tenemos padres. Esta realidad, como certeramente expresa Leonardo Polo, se convierte en un elemento constitutivo del ser humano, desde una perspectiva ontológica.

Podemos afirmar que la admisión de esta realidad es esencial para que se pueda producir la acción educativa. La aceptación o no de la filiación no es algo indiferente, es una alternativa: o uno es hijo, y por tanto no se lo debe todo a sí mismo, y tiene que ser ayudado a crecer; o uno se lo debe todo a sí mismo, en cuyo caso no es hijo, sino que tiene una autonomía radical; en este último caso no es posible la educación, dado que no se admite su necesidad al no reconocerse paradigma alguno. Entre los detentadores de esta postura encontramos el existencialismo nihilista de Jean Paul Sartre, quien afirma que las cosas que existen, entre ellas sobre todo el propio hombre, no tienen ninguna esencia preexistente a su existencia de hecho. Si no existe nada así como una naturaleza humana, ¿cómo es posible evitar la consecuencia “haz de ti mismo lo que se te antoje”, o bien “haced con los hombres lo que os parezca”? ¿Qué significado tendría entonces el vivir “humanamente” o el vivir “como hombre”? Las consecuencias de este pensamiento han teñido de sangre el siglo XX.

Existencia de la verdad

La otra premisa, para que se de la acción educativa, es la existencia de verdad, es el reconocimiento de verdades objetivas, tanto en el orden físico como en el espiritual. Sin la existencia de lo verdadero no existe posibilidad alguna de educación, a lo sumo de amaestramiento, como sucede con los animales. En un mundo en el que impera lo relativo no existe posibilidad alguna de crecimiento, de mejora, dado que no existe referente, paradigma.

Incluso la “instrucción” queda en entredicho, dado que si no existe lo verdadero, es decir realidades que se abren a ser conocidas dado que cumplen principios distintos del azar, se niega la cognoscibilidad de las mismas, y esto va contra la experiencia diaria de la persona. Como participa de la experiencia diaria el que las cosas con las que nos enfrentamos son al mismo tiempo cognoscibles e incomprensibles, dado que son cognoscibles hasta el infinito.

Estamos inmersos en una cultura que niega la verdad moral, confrontándola con la libertad, sin darse cuenta de que la libertad está asociada a una medida, la medida de la realidad, que es la verdad.

La libertad de destruirse a sí mismo o destruir a otro no es libertad, sino parodia. La libertad del hombre es compartida, en la existencia conjunta de libertades que se limitan y por tanto se apoyan entre sí. La libertad debe medirse por lo que soy, por lo que somos; de lo contrario, se anula a sí misma.

La educación en la verdad – sabiendo que no existe educación sin verdad – es el fundamento de la libertad, sin ella no se produce el acto libre humano.

אמת

En hebreo **emet** significa **Verdad**. Sus letras son la primera א , la central מ y la última ת del alfabeto (denominadas respectivamente Alef-mem-tav).

28	27	26	25	24	23	22	21	20	19	18	17	16	15	14	13	12	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1
ת	ש	ש	ק	ר	ז	צ	פ	פ	ע	ס	נ	נ	מ	ל	ל	כ	ד	י	ט	ח	ז	ה	ו	ה	ב	ג	א

De esta manera la Verdad abarca el principio, el centro y el fin del alfabeto, con el que se expresan palabras, y la palabra es expresión del pensamiento, manifestación de vida. En hebreo **"El sello de Dios es Emet"**. Ofrece una gran similitud con el Alfa y Omega que encontramos los cristianos en el Apocalipsis de San Juan.

La primera letra del alfabeto Hebreo-Cananeo es la letra א y se pronuncia "Alef." Esta es una letra silenciosa, su sonido viene según la vocal que la acompaña. Todas las letras del alfabeto Hebreo tienen un valor numérico, la Alef vale 1. Su orden preeminente y su valor, revela el indescriptible misterio de la Unidad de Dios. Siendo que vale uno, nos indica al Único y Un solo Dios que es el Señor del Universo.

A mi parecer contiene un maravillosos valor simbólico, dado que realza el como toda verdad participa necesariamente de la Verdad, que es Dios.

Si suprimimos la letra Alef de la palabra Emet nos queda Met, que significa muerte.

מת

Si eliminamos a Dios de nuestra sociedad, de nuestras vidas, desaparece la Verdad, esta no es posible sin Aquel que es Origen de todo. Pudiera parecer que entonces nos encontramos con la mentira, pero la tradición judía, en este caso en su manifestación filológica, nos lleva a la realidad más radical; nos encontramos con la muerte. Y en la muerte no existe libertad alguna.

"Cuando se niega a Dios, en vez de construir la libertad, se la despoja de sus bases y por consiguiente se distorsiona[1]. Cuando se descartan enteramente las tradiciones religiosas más puras y profundas, el hombre se aparta de su verdad, vive contra sí mismo y pierde la libertad. Ni siquiera la ética filosófica puede ser incondicionalmente autónoma. No puede renunciar a la idea de Dios ni a la idea de una verdad del ser con carácter ético[2]. Si no existe una verdad acerca del hombre, éste carece de libertad. Sólo la verdad nos hace libres. (Verdad y libertad. Joseph Ratzinger)"

[1] Cf. J. Fest, *Die schwierige Freiheit*, 79: "Ninguna de las instancias dirigidas al hombre es capaz de decir cómo éste puede vivir sin un más allá, sin temor al último día y con todo actuar una y otra vez contra sus propios intereses y deseos". Cf. También L. Kolakowski, *Falls es keinen Gott gibt* (München, 1982).

[2] Cf. J. Pieper, *Schriften zum Philosophiebegriff III*.

A modo de resumen

El mundo contemporáneo tiene urgente necesidad del servicio de instituciones educativas (familias, escuelas, empresas,...) que apoyen y enseñen la verdad «valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre» (Ex corde Ecelesiae, 4).

En un tiempo en el que se discute la relación entre libertad y verdad moral acerca de una serie de cuestiones en todos los niveles de la sociedad y del gobierno, los estudiosos judeocristianos tenemos los recursos necesarios para contribuir a una renovación intelectual y moral de la cultura y de la sociedad actual.

¿Qué pueden hacer familia y escuela ante esta situación?. Se encuentran abocadas, necesariamente, a aliarse y emprender juntas un camino que les permita crear una nueva concepción de la educación, desde la doble perspectiva personal y societaria, dónde el verdadero protagonista sea el niño. Este objetivo exige la elaboración de un proyecto educativo común entre familia y escuela, así como la formación de los padres a través de programas ad hoc.

Como apuntaba al comienzo, la acción educativa comienza con el nacimiento de la persona y termina con el fallecimiento de la misma, las crisis que se suscitan en la actual sociedad no afectan solo a la formación de los niños, afectan a todas las personas en distinta medida, pero de forma cierta, y es preciso aprender a gestionarlas.

Este IV Encuentro judeocristiano, como los anteriores, pero quizás de forma más evidente, no debe conformarse con ser un expositor de ideas, debe convertirse en línea de salida para el trabajo conjunto, entre pensadores judíos y cristianos y todos aquellos que buscan la verdad, independientemente de sus creencias religiosas, en busca de respuestas al servicio del crecimiento de la persona, en beneficio de la sociedad actual.